

león III, vaga por las sentinas de la Historia, sin que me valiese comprobar más tarde que era en el fondo un pobre César, quimérico, hipocondríaco, libertino y trivial. Y seguí creyendo obstinadamente en los Estados Unidos de Europa, aunque amigos caritativos procuraban arrancarme creencia tan pueril con razones y sarcasmos. Acompañé a Hugo en su indulgencia enternecida hacia todos los extraviados, todos los vencidos y todos los miserables. Su deísmo fué el mío; como él, tuve fe en el mesianismo de Francia,—y un horror irracional, incontenible, a ese cuartel pintado de metafísica que está más allá del Rhin. Esta es mi lamentable confesión. Es humillante; me da la apariencia de ser una hierba rastrera, temblando al pie de un cedro, viviendo del excedente de su savia. Hubo, ciertamente, bruscas rebeliones en mi idolatría. El mismo pueblo de Israel, con toda su frenética adoración por Jehová, hallábalo a veces intolerable. Y cuando vi últimamente a Hugo mofarse del venerable y santo Darwin, tratándolo de inglés petulante y vano, con monóculo y barbas amarillas, que puso, por